

La Asamblea General cumple 75 años ¿Qué ha conseguido y que tiene pendiente?



Este último domingo hizo 75 años que el día 10 de enero de 1946 se reunió por primera vez en Londres la Asamblea General de las Naciones Unidas, acabadas de formar meses antes. Esta primera reunión establecía lo que sería el nuevo orden mundial de posguerra que llevaba años concretándose entre bambalinas por los vencedores del conflicto. Este nuevo equilibrio mundial prometía ser más democrático y progresista que los intentos anteriores de la Sociedad de Naciones.

De los 50 miembros fundadores, a día de hoy ya se ha llegado a los 193 miembros de pleno derecho de la Asamblea, con un voto cada uno. La Asamblea es, de esta forma, el órgano político del mundo que representa un número más elevado de habitantes del planeta: es un verdadero Parlamento de la Humanidad.

No obstante, este cuerpo siempre ha estado duramente criticado por su falta de poderes reales y por su dificultad para tomar acciones decididas sobre temas urgentes. La Asamblea, es cierto, no fue concebida como brazo ejecutor de la ONU, sino como su nombre indica, un órgano deliberativo donde todo el mundo tenga una voz y un voto.

Los primeros días de la Asamblea General fueron el momento de grandes declaraciones e idealismo, por ejemplo, en 1948 con la famosa Declaración Universal de los Derechos Humanos, aprobada por este órgano y el primer documento que dota a todos los habitantes del planeta de los mismos derechos básicos, y pese a no ser un documento vinculante, ha pasado a ser la vara de medida para las condiciones mínimas a las que se tiene que someter cualquier ser humano. Los Derechos Humanos

continúan siendo objeto de discusión y vulneración cada día, pero su valor y legitimidad están más que establecidos.

Los años siguientes estuvieron llenos de nuevas incorporaciones y grandes acciones por parte de las Naciones Unidas y de la Asamblea General, como en 1950, cuando delante la Crisis de Suez, tras el intento de nacionalización egipcio del canal y la posterior agresión de Francia, el Reino Unido e Israel, la Asamblea General en peso daba apoyo a la Resolución 377, “Unidos por la Paz”, que le daba capacidad para llevar a debate cuestiones bloqueadas en el Consejo de Seguridad y recomendar acciones colectivas. Esto también suponía el establecimiento de la primera misión de paz de las Naciones Unidas, uno de los brazos de la organización más importantes a día de hoy y que ha reducido resultados en las situaciones más difíciles de las últimas décadas.

Durante los años de la Guerra Fría, la Asamblea General existía como punto de encuentro y espacio de debate de todas las potencias, a los dos lados del Telón de Acero y pese a las diferencias ideológicas y políticas. Esto provocó que este órgano, a la vez que toda la ONU, quedase bloqueado para tomar la mayoría de las decisiones, y que excepto en casos concretos de conflicto civil en países del Sur global, no pudiese avanzar en la dirección y con la determinación e idealismo de sus primeros años.

Más recientemente, iniciativas como los objetivos del Milenio, que pretendían poner unas directrices comunas a todo el mundo para un desarrollo mejor han surgieron de la Asamblea General. Actualmente, han sido renovados por la Agenda 2030 y sus Objetivos de Desarrollo Sostenible, que ponen énfasis en la visión a largo plazo y apuestan por combatir el cambio climático, la pobreza y la escasez de forma coherente. Este tipo de iniciativas y declaraciones son a lo que aspira a día de hoy la Asamblea, ya que su carácter planetario hace que todo lo que surja de ella tenga una legitimidad global y sea de consenso.

Es este consenso, pero, que le ha valido a este

cuerpo muchas de sus críticas, por ejemplo, por parte de Kofi Annan, Exsecretario General de la ONU, que recriminaba la insistencia en buscar siempre el mínimo común denominador de todos los miembros, impidiendo que nunca se pueda llevar a cabo una acción más decidida aún con el apoyo de la mayoría de miembros.

Este es un debate complejo que la ONU debe poner sobre la mesa, ya que por un lado este sistema le impide implementar soluciones a problemas urgentes o responder eficazmente a la crisis del mundo, pero, por otro lado, marginar a algún miembro actuaría en contra del mismo propósito de la organización, ya que para funcionar necesita la cooperación de todos sus miembros. Pese a todo, esto también impide que se lleve a cabo una verdadera función deliberativa dentro de la Asamblea, para evitar crear fricción entre miembros y bloques.

Otras críticas recibidas por la Asamblea al largo de los últimos años han sido relacionadas con el financiamiento y las misiones de paz, los conocidos cascos azules. Algunos de los miembros que aportan más dinero, mayoritariamente países desarrollados, han expresado incomodidad en ocasiones por su falta de peso relativo a países del tercer mundo que contribuyen muy poco a la organización pero que representa igualmente una gran porción de la Asamblea. Respeto a las misiones de paz, fracasos como la invasión de Iraq en 2003 o las guerras de Yugoslavia la década anterior han puesto en evidencia la necesidad de reforma y ha habido voces que han cuestionado la estructura misma de este sistema.

También ha sido fuente de críticas y debates encendidos el tema de la participación como miembros de pleno derecho en la Asamblea y en la ONU en general de aquellos países que no son reconocidos por todos los estados miembros. Dos casos que han resultado problemáticos al largo de los años han sido el de Taiwan, que la China (miembro permanente del Consejo de Seguridad) no reconoce y reivindica como parte de su propio territorio, y Palestina, que ha sido motivo de

discusiones diplomáticas y votaciones muy divididas en la Asamblea, pese a que hasta día de hoy no es Estado Miembro de la ONU, sino Estado Observador No-Miembro.

Muchos órganos de representación política tanto internacionales como nacionales han sido duramente criticados por la brecha de género que existe en ellos. La Asamblea ha tenido hasta día de hoy más de una presidenta, y numerosos representantes nacionales son mujeres, pero aún está muy lejos de la paridad. En este sentido, se puede argumentar que la Asamblea debería actuar como ejemplo de igualdad en la representación política, tal y como ha reclamado en repetidas resoluciones y en la Agenda 2030

Todos los debates, pero, suelen llevar al mismo sitio: la Asamblea tiene una falta de poder real y todas las decisiones sustanciales se toman *de facto* en el Consejo de Seguridad, el brazo ejecutor donde realmente reside el poder para actuar respecto al mantenimiento de la paz y la seguridad internacional.

En este sentido se ha propuesto por parte de diversos actores de la sociedad civil la progresiva transformación de la Asamblea General en un cuerpo parlamentario que diese voz directamente a votantes de alrededor del mundo o a sus legisladores. Un ejemplo de este modelo sería el Parlamento Europeo, que ha ido ganando poder durante el proceso de integración europea siendo un órgano representativo. Este tipo de reforma,

pero, levanta controversia por cuestiones como el financiamiento o la proporcionalidad representativa, y queda aún lejos de ser una posibilidad realista a corto plazo.

Con el mismo espíritu, pero en otra dirección también se ha planteado la posibilidad de que otras organizaciones multilaterales regionales o sectoriales puedan participar en el proceso de la Asamblea, como podría ser el caso de la UE o la ASEAN, pero también del Banco Mundial o del FMI. La Unión Europea en concreto ya ha participado como organización en algunos procesos deliberativos y se le ha permitido ejercer algún rol, pero nunca como miembro de la Asamblea, y nunca ha tenido un voto.

Los problemas de la Asamblea son muchos, pero no son endémicos, y todo apunta a que las Naciones Unidas en conjunto están necesitadas de reforma para hacer frente a los nuevos retos del siglo XXI, como se ha evidenciado durante la presente pandemia, cuando la falta de cooperación y las retóricas nacionalistas han predominado en todo el mundo, sin que las Naciones Unidas consiguiese canalizar esfuerzos comunes hacia una solución global más efectiva y que no dejase ningún país atrás.

Mallol Codony Busquets, estudiante de Global Studies en la Universitat Pompeu Fabra y en prácticas en la ANUE.

Publicado por



Associació per a les
Nacions Unides
a Espanya

Con el apoyo de



Generalitat
de Catalunya

* La Revista de ANUE no hace necesariamente como suyas las opiniones expresada por sus colaboradores.